

Hilvanes

Miguel Ángel Carmona del Barco

Al menos me dejaron la caravana. Imagino que les daría asco tocarla, o bien pensaron que les traería mala suerte; vete tú a saber. Lo mismo incluso lo hicieron de buena fe después de todo. Cuando salí del hospital vine derechito aquí. No tardé en comprobar que todo el mundo seguía recordando el circo pero ya nadie hablaba de él. En las afueras del pueblo —todo, menos un puñado de calles, son afueras— encontré mi caravana tomada por las zarzas, las esparragueras y las ortigas. Desde entonces no me he movido.

Los lunes y los miércoles por la tarde, si no llueve, paseo por el pueblo y reparto las octavillas que encontré en un cajón del único mueble de la caravana —aquel en el que guardo mis escasas pertenencias— y prometo a quien se detiene a recoger la suya que el circo volverá muy pronto. A veces son días, a veces semanas. Depende. Los jueves arranco la maleza del jardín que la naturaleza y el ayuntamiento me han cedido y que se extiende unos treinta pasos cuadrados en la entrada de la caravana. Los viernes, intento beber sin llorar en público antes de actuar para los niños en la plaza o en la Casa de la Cultura. Los sábados, descanso y releo los dieciséis libros que componen mi biblioteca o, si tengo suerte y consigo que funcione la televisión, veo un par de películas y me quedo dormido en el sofá a pesar de los muelles, a pesar del olor a humedad de la espuma, a pesar del viento frío que bate las claraboyas y que atraviesa la chapa agujereada por el óxido. El domingo por la mañana voy a misa. Se está caliente, la gente se saluda y puedo darle la mano a varios de mis vecinos. Les agradezco su paciencia y su ternura. La gente de este pueblo es la razón por la que el mundo sigue girando. Les he escuchado hablar mal de mí pero no recibo de ellos un trato acorde a esas críticas. La gente necesita echar pestes, fijar uno o varios enemigos. La diferencia entre esta gente,

gente de pueblo, de campo, es que son incapaces del desprecio, la indiferencia y hasta el odio que se respira en Madrid. Las mismas mujeres que hablan de mí como un loco, como un borracho o un vago me sonríen con una ingenuidad inabarcable al cruzarse conmigo en la plaza o en la iglesia. Los mismos hombres que recelan, que desconfían abiertamente de mis intenciones y dejan claro a sus amigos que me arrancarán la cabeza con sus propias manos si me atrevo a ponerle un dedo encima a alguno de sus hijos, me invitan a un vino en el Estudiante, me dan las gracias tras la actuación de los viernes, delante de sus emocionados pequeñajos; me miran sabiendo que soy uno de los suyos, un hombre vapuleado y con principios que morirá aquí, probablemente solo, amando cada palmo de este valle, con las mismas palabras atragantadas y un puñado de sueños ahogados en la niebla.

El domingo por la tarde hago algún bolo por mi cuenta por los alrededores (¡por mi cuenta!, como si los otros los hiciera a través de manager). Me saca lo justo para pagar el butano que mantiene mi temperatura corporal en 36'7º, una hogaza de pan que me durará toda la semana, un kilo de garbanzos, unas latas de atún y un botillo, con sus patatas y su repollo.

El botillo me lo como siempre en lunes. Me da fuerzas para encarar otra semana de mentiras consensuadas, de verdades anheladas y de chistes hechos desde la parte del corazón que aún conservo. Después hago mi ronda y reparto las octavillas (eso ya lo he dicho). Pronto se me acabarán y entonces la gente vencerá su reparo a preguntarme cuándo coño viene el circo, ese circo que llevo anunciando desde hace tantos meses: desde el día en que regresé del hospital con un brazo de menos y una nariz roja puesta, como si no pudiera respirar sin ella.

El martes es el mejor día de la semana. Viene Marquitos, con el perol que le prepara

la Abundia, y se sienta a la mesa, con los pies recolgando y la sonrisa troquelada en su cara blanca. Espera a que le sirva un plato de guiso y me sienta a roer el pan y a jugar con los grelos o los judiones mientras le cuento historias de circo. La Abundia es la única que sabe que yo no podría hacerle daño a nadie, y mucho menos a un niño, y mucho menos a Marquitos. Yo a ese niño le hablo como si fuera mi compadre. Le digo palabras que no entiende, palabras gruesas, tacos, barbaridades, y Marquitos se las traga cucharada a cucharada como si él fuera el rey Shariar y yo Sherezade. Hoy le he preguntado qué quería que le contase. Hay martes en que me duele la imaginación y necesito que alguien me guíe por los derroteros de la mentira. Estoy cansado de estar sobrio. Echo de menos la heroína, cada día de mi vida, y echo de menos el olor de las fieras, de la tierra, del sudor de Paula, los enormes excrementos de los elefantes, del maquillaje, del vodka. Echo de menos el olor de los billetes pegajosos por el azúcar de los algodones, de las palomitas recalentadas y también de las recién hechas. Pero todo eso ya se lo he contado yo a Marquitos, mientras comíamos chanfaina, o repetíamos botillo después del lunes porque Abundia es la maestra de las maestras en el arte de preparar botillo. Hoy le he preguntado qué quería saber y Marquitos me ha pedido que le contara cómo perdí el brazo. ¿Será posible que no se lo haya contado aún?

Rebusco en los cajones del único mueble: el que contiene los escasos enseres que me cosen a la vida, los hilvanes de mi paso por esta tierra, y saco la bocina que nunca llevo encima porque es apretarla y no poder contener las lágrimas ni las ganas de beber o algo peor.

Pero es que no se puede contar esta historia sin la bocina. Le doy un trago a la cantimplora y Marquitos me señala el plato porque sabe de sobra lo que bebo cuando bebo, y yo tomo un par de cucharadas de sopa de ajo. La de hoy está escandalosa. Y le

cuento.

Fue al terminar la actuación en aquel pueblo —le digo, sin precisar, aunque sabe de sobra—. Yo estaba tieso como una estaca y no conseguía agacharme a recoger el sobre que acababan de tirarme al pecho, y que contenía mi último sueldo. Me dolían los huesos, tenía fiebre y me sangraba el labio inferior porque me lo había mordido intentando forzar una carcajada durante el número de la flor. Los niños se habían ido dejando en el ambiente el eco de su abucheo y los padres sus miradas de asco, unos, de lástima, otros. Crucé la pista sacudiéndome el fracaso de la peluca mientras las hermanas Millet ayudaban a la cuadrilla de montaje a enrollar los trapecios. Paula dejó la soga a un lado y dio un paso al frente pero Cecilia la agarró por la malla y tiró de ella.

—Deixa-ho. És un cas perdut.

Pero ella me cortó el camino y me miró llorando. Mis lágrimas pintadas resbalaron pómulos abajo; me quité la nariz roja, como el que se quita el sombrero en un velatorio.

—Déjate la puesta —me dijo—. Prefiero recordarte con ella.

Yo saqué mi bocina del bolsillo de la chaqueta y la hice sonar dos veces, tirité y lloré por dentro. Paula echó a correr y pasó por debajo de la red que también estaban desmontando. Después tropezó con el cable de los focos pero no cayó, y siguió corriendo hasta salir de la luz de la carpa y perderse entre los remolques de las fieras. Cecilia se incorporó y me habló como si tuviera una pistola en la boca.

—Vete de aquí, yonki de mierda. Muérete por ahí en alguna cuneta, pero que no te veamos. Mejor esta noche que mañana.

Entonces escuchamos los gritos y los rugidos, o los rugidos y los gritos, y echamos todos a correr hacia donde habíamos visto a Paula por última vez. Vimos venir hacia

nosotros, desde la oscuridad, el gigantesco cuerpo de Morón, con todo el hocico manchado de sangre, la sangre fresca y brillante de Paula. Todos se tiraron al suelo o se encaramaron a lugares imposibles y absurdos, menos yo que preferí la muerte al mono de heroína y a la culpa pero, sobre todo, que pensé que podría matar a Morón con una sola mano, solo con mirarlo.

Morón se paró delante de mí y me midió. Tenía los ojos negros y profundos, con destellos blancos y rojos, como si fueran la foto de una galaxia lejana, hecha con el Hubble. La sangre le había empapado también la melena y tenía restos de tejidos y vísceras colgando de las comisuras de su monstruosa boca. Pensé que aquellos eran pedazos de Paula y toda racionalidad me abandonó. De repente solo estábamos Morón y yo, dos machos de especies separadas por decenas de millones de años, apenas un cinco por ciento del total de nuestro genoma y ciento cincuenta kilos: en todo lo demás, es decir, nuestra disposición a matar al otro, éramos exactamente iguales. No sé si grité mientras me abalanzaba hacia él pero sí que levanté el brazo derecho. También que conseguí bajarlo y pegarle con el puño cerrado en la parte superior del hocico. Probablemente lo cogí desprevenido. ¿Cuántos hombres desarmados habrían intentado antes atacar a un león? No los suficientes como para que la evolución lo predispusiera genéticamente. Pero sí para reaccionar. Me puso una zarpa sobre el pecho y justo cuando empezaba a caer hacia atrás noté que algo me agarraba. Eran sus dientes que se me habían clavado por encima y por debajo del codo. Sentí perfectamente cómo cerraba las mandíbulas y todo cuanto había entre ellas se quebraba. Después, un tirón indoloro y me encontré libre al fin para caer. Me quedé muy quieto, mirando la oscuridad de la cara interior de la cubierta, allá donde no alcanzaban las luces. Podía ver proyectada en ella la galaxia de los ojos de Morón. Con mi mano —con mi única mano— rebusqué en

el bolsillo de la chaqueta y encontré la nariz. Me la puse pensando que nadie se atrevería a quitársela a un muerto y que mi último número sería obligar al juez a que levantara un cadáver tocado con una nariz de payaso. Vagamente, escuché los primeros pasos acercándose a mí. Después, la oscuridad y el silencio.

El resto ya se lo sabe. Marquitos. El resto se lo sabe él mejor que yo porque no hay nadie en este pueblo que siga mis pasos con más atención que él. De mayor, dice, quiero ser payaso como tú. Como yo no, le digo. Payaso puede. Es el oficio más bonito del mundo. Pero no lo hagas como yo. Me pregunta qué pasó con Morón. Yo le digo que se fue con el resto del circo, supongo. Me pregunta también cómo estoy tan seguro de que aquella sangre era de Paula; si no dudo a veces de que siga viva. Le contesto que no aunque Marquitos sabe perfectamente cuándo estoy mintiendo.

Apura su zumo de manzana. Lo compro para él en el IFA de la Avenida Villafranca. A mí me da náuseas porque me recuerda al mosto blanco que me obligaban a beber la primera vez que fui a Proyecto Hombre a desintoxicarme, pero a él le encanta. Se limpia con el revés de la manga y me lía un cigarrillo. Después se sorbe los mocos. Hace frío en Bembibre. Los otoños son lluviosos y los días que no llueve y sopla viento del Oeste las nubes se van camino de Ponferrada. Entonces el sol calienta el suelo mojado y se levanta la humedad como un ejército de espíritus. Los días así me duele el brazo que no tengo. Lo revuelven los fantasmas. Me tiende el cigarro y me dice:

—Yo he visto a Morón rondando el pueblo.

No soy estúpido. Sé que no hay ningún león en Bembibre. Sin embargo duermo mal esa noche. Al día siguiente la cosa no mejora. El hecho de que se me acaben las

octavillas tampoco ayuda. Ahora tengo que ocupar un par de horas más haciendo algo que no sea pensar en el caballo ni en Paula. Es época de setas, así que me echo al bosque siguiendo el curso del Pradoluengo. Estoy muy enfadado con Marquitos, y también conmigo por estar enfadado con él. No es más que un crío, por mucho que yo lo trate como a un compadre. Intento buscarle un porqué a lo que me ha dicho pero ninguno me satisface. Podría esperármelo de cualquier otro, pero no de él. Me doy cuenta, entonces, de que sobrevaloré a Marquitos, que deposito en él una esperanza que se convierte en responsabilidad —es decir, en obligación de responder—, una carga que él no necesita ni puede asumir.

A la vuelta del bosque me paso por su casa para dejarle la mitad de los niscalos a la Abundia. Me pregunta si me importa que la próxima semana Marquitos vaya el lunes. El martes, dice, tienen médico en Ponferrada y se quedarán a comer en casa de una prima. Sonrío por la ocurrencia de la buena mujer y niego con la cabeza, más que nada porque tengo un nudo en la garganta y si hablo a lo mejor lloro. Me hace pasar y me sienta a la camilla. Remueve el brasero, va a la cocina y vuelve con café y unos imperiales, porque ella es bañezana y se los hace traer de la misma pastelería Ferrero. Como me ve con hambre me trae también una porción de tarta charlota y dos cestitas. No sé por qué, pero devoro todo lo que me pone delante y ella se sienta a hacer punto y pone el Pasapalabra. Se me viene a la mente cuando estudiaba religión en el salón de mi casa mientras mi madre cosía con la Alfa o tricotaba. Mis hermanos comían pipas y echaban las cáscaras en la tapadera de la caja de costura que era en realidad una caja de bombones alemanes traídos por una tía mía monja de clausura.

Para y levanta la vista. Se queda quieta como un pointer y dice:

—Ahí está Marquitos.

Y efectivamente. A los pocos segundos entra por la puerta y saluda con desgana. Viene de jugar a fútbol en la plaza y trae las rodillas señaladas. Cuando me ve, sentado en el sillón orejero de su padre, se pone rojo de vergüenza y no sabe qué decir.

—Pasaba por aquí —me excuso.

Por un momento tengo la impresión de que la Abundia nos va a mandar a jugar al cuarto, así que me levanto y doy las gracias.

—Gracias a ti por las setas —me dice ella—. Entonces la semana que viene el lunes. ¿Lo ves, Marquitos, como no era para tanto? Además, te voy a mandar con el niño un botillo de los míos, que yo sé que tienes costumbre los lunes, y la costumbre es al hombre lo que la leña a la lumbre.

La semana pasa lenta como el suero de un gotero. Adecento el jardín: arranco la maleza y hago un arriate en el centro con cantos blancos del Boeza. En la floristería que queda enfrente del IFA compro algunas caléndulas y las transplanto con una confianza nula en que sobrevivan. Eso me ocupa el jueves y casi todo el viernes, así que voy directo a la actuación sin pasar por el Estudiante. Se me hace raro actuar sobrio, pero los niños se ríen. Por primera vez hago el número del manco. Lo tenía preparado desde hace meses, pero en el último momento siempre me sentía un miserable, un paria, una especie de monstruo como aquel del Gabinete del Doctor Caligari, y me echaba para atrás. Los niños se han tronchado. Soy un payaso manco y eso puede tener mucha gracia. La misma que no tiene un payaso acomplejado.

El sábado vagueo. Escucho la radio, preparo un revuelto de huevos, trigueros y niscalos. Le habrían venido bien unos taquitos de jamón. Después consigo ajustar la antena de la tele y veo Tierra, de Medem. Recuerdo que fui a verla al cine con trece o

catorce años. Mis primos y yo nos pusimos muy cachondos con Silke. Ahora hace años que no se sabe nada de esa mujer.

Por la noche releo *Las uvas de la ira*. Cuando apago la luz oigo ruido fuera de la caravana. Esa mañana, el viento ha roto algunas ramas en el paseo del Profesor y ha volcado contenedores. La puesta de sol normalmente lo aplaca, como si se tratara de un sacrificio ancestral, pero en esta ocasión sólo ha cambiado de dirección. Reconozco todos los ruidos propios de la caravana: el rechinar del rodillo del toldo, el traqueteo de las claraboyas, el silbido del aire colándose por la rendija de la puerta de entrada, y ahora también el quejido de la antena que se me ha olvidado desmontar y que me va a obligar a salir con este frío del demonio. De lo contrario se partirá y saldrá volando. Subido al techo, sin más que una mano para operar con la llave inglesa, mantener el equilibrio es difícil. Tengo que tumbarme de lado para que el viento no me tire. El techo está mojado y frío y la mano que sostiene la llave se me agarrota y dejo de sentirla. En medio de esa soledad oscura, vuelve el ruido; ese que llevo escuchando desde hace más de una semana, cada noche, al apagar la luz; ese que no es ni el del toldo, ni el de las claraboyas, ni el de la puerta, ni el de la antena, y que es claramente un llanto.

Resbalo de la escalera al bajar y rompo con la cabeza uno de los maceteros de terracota en los que venían las caléndulas. Me quedo aturdido unos minutos y después entro en la caravana por fin. Durante ese tiempo me ha parecido escuchar pasos, incluso me ha parecido ver alguna sombra proyectada en las paredes de la caravana. Me curo la herida, una brecha pequeña e inofensiva, y sigo con *Las uvas de la ira*. Allí, los esbirros de la multinacional donde los Joad son explotados sofocan una huelga a base de golpes con mangos de pico. Matan a golpes al reverendo Casy y Tom Joad mata a golpes a uno de los esbirros. Al final se ha visto obligado a hacer lo que llevaba intentando evitar

desde el principio. Detrás de una cortina guardo los útiles de jardinería. Busco la azada y le quito la parte metálica. Regreso al sofá y coloco el mango de madera a mi lado, apoyado en la pared. Quiero dormir pero no puedo. Me sirvo un dedo de orujo de hierbas aun a sabiendas de que puede hacer que la noche salte por los aires. Escucho pasos en el jardín. Agarro fuerte el mango de pico y me asomo por la ventana.

Marquitos está sentado, con su pijama blanco, a la luz de la luna, junto al arriate de las caléndulas. Después se levanta y camina en círculos; gesticula, vuelve a sentarse y se levanta de nuevo. Tiro el mango de pico al suelo y salgo con una manta. Le llamo pero no me contesta. Cuando estoy junto a él me doy cuenta de que está dormido. Dice algo entre dientes. Sé que lo que repite una y otra vez es Morón, pero no quiero creerlo así que lo envuelvo en la manta y me lo cargo al hombro. Tengo miedo de que se despierte. Todo el mundo, hasta el más imbécil, sabe que no se debe despertar a un sonámbulo aunque nadie tiene la menor idea de por qué. Yo al menos no. Marquitos se deja coger y cargar como un saco de patatas. Camino por las calles desiertas y azotadas por el viento hasta la casa y llamo. Me abre la Abundia con los ojos encharcados y una peste a anís que me trae recuerdos de la Navidad en casa de mi abuela. Se tambalea. Hace el amago de cogerme al niño pero yo le digo que se aparte y subo a Marquitos hasta su cuarto. Le arropo, le digo dulces sueños y que le quiero. La Abundia me espera abajo con un par de copas servidas.

—Deberías cerrar la puerta de la calle con llave, Abundia —le digo.

—Es peor. Una vez intentó estrangularme mientras dormía.

—Entonces deberías llevarlo al médico. E ir tú también.

—Y tú. No te jode.

Me acabo la copa y beso a la Abundia en la frente para despedirme. Ella me agarra

de la nuca y me besa en la boca; mete la mano en mi entrepierna y noto sus dedos cálidos rodeando mi pene. Es muy rápida o yo muy lento. Se arrodilla y se lo mete en la boca. Yo la empujo y ella se queda llorando tumbada en el suelo mientras salgo a la calle.

Vuelvo a la caravana y apago la luz. Ya no quiero leer más ni salir más a la calle. Si es necesario, pasaré lo que queda de noche mirando al techo, arropado hasta el cuello. Siento pena por Marquitos, y también impotencia por no poder ayudarlo. Nadie puede ayudarlo. O quizás sí podría pero no tengo valor suficiente. No es mi guerra, por mucho que simpatice con su causa. Me revuelvo en la cama. Me pesa la conciencia y noto los dedos de la Abundia rodeando mi pene. Me masturbo pensando en Paula y al fin consigo quedarme dormido.

Alguien o algo está arañando la chapa de la caravana. Me quedo muy quieto intentando identificar algún sonido más. Por fin escucho unas ramas quebrarse bajo unos pies; escucho mi nombre y después un llanto. Ya no tengo miedo. Me levanto de la cama y me coloco frente a la puerta. Espero una señal, de este mundo o de otro cualquiera. Los pies suben la escalerilla y se detienen del otro lado. Una voz de mujer pronuncia mi nombre una vez más. Abro la puerta. Paula tiene los dientes podridos; los pómulos sobresalen del pellejo de su rostro como las pelotas que los tenistas se guardan en los bolsillos del pantalón. Tiene los ojos hundidos y amarillos, el pelo lacio, los tendones del cuello como cuerdas de un chelo. Por encima y debajo de las clavículas la piel se hunde hasta formar pozos. Aun así, es bella. Tirita como yo la última vez que nos vimos. Está descalza y lleva una mochila —su mochila— dentro de una bolsa de plástico.

—Necesito dinero —me dice.

—Entra.

Se queda de pie en medio de la estancia. Me observa atenta rebuscar en el único mueble de la caravana, aquel que contiene los escasos enseres que me cosen a la vida, los hilvanes de mi pasado. Encuentro la bocina y la nariz. Le tiendo esta última. Ella no hace amago de cogerla. Me acerco y se la incrusto en la cara. Me alejo un par de pasos y la miro, consumida por el caballo, con la nariz roja y el alma negra. Me estoy viendo en un espejo.

—¿Tienes dinero? —me pregunta.

Yo hago sonar la bocina y el viento parece detenerse. Es tal el silencio que se hace dentro de la caravana que dudo de que aquello esté pasando de verdad. Paula se sienta en el suelo, con las piernas cruzadas, y después se tumba y se hace un ovillo. Tirita y convulsiona. Yo la arropo con una manta, cierro la puerta con llave y me acuesto a su lado.